

La calle para el miércoles 25 de mayo de 2011

Diario de un espectador

Ladidel

Miguel ángel granados chapa

Sabemos, porque el propio autor nos lo confiesa en la generosa dedicatoria de su breve volumen, quién es Ladidel. Pero hasta preguntarlo expresamente, algo que haremos a la brevedad, no estamos en condiciones de revelar su identidad. Sí, en cambio, de compartir con ustedes, lectoras y lectores, el descubrimiento de una prosa que pretende ser amarga y produce en cambio una sensación de alivio, no por necrofilia ni inclinación a lo lúgubre. No el rictus amargo que genera el sarcasmo, sino la señal externa más conocida del reconocimiento a la inteligencia.

El título y todos los detalles editoriales de *Sólo para agónicos* tiende en apariencia a la autodisminución, a la antiolemonidad, al desdén por sí mismo, pero ninguno de esos intentos por causar desazón lo consigue, y en cambio suscita simpatía. La portada del tomito anuncia, como si se tratara de un comestible enlatado: “cont. net. 82 páginas”. La editorial que lo pone a circular se llama Nula, y “prescindibles” es el título de la colección. El subtítulo de la obra es *Quince cuentos luctuosos*, Las ilustraciones de Jorge Hugo López Vélez recogen el mismo espíritu entre lánguido y burlón, de deliberada contrahechura.

He aquí una muestra del estilo de Ledidel. El cuento se titula “En su primer día”: Es literatura negra construida con ánimo ligero

“Era su primer día en la casa de reposo. Por fin descansaría de tantos sufrimientos, pensó. Aún era joven, pero el mal físico que aquejaba todas sus articulaciones la había condenado a una silla de ruedas y reducido a una casi total invalidez.

Mas la enferma no contaba ya con nadie. Hasta sus hermanos (¡con qué adoración los había querido siempre!) la habían abandonado ‘para ocuparse de sus propias familias’, como le insinuaron el día que tomaron la decisión.

Para ella, en cambio, no hubo una familia propia. La precoz enfermedad que la redujo a la tullida existencia de hoy, canceló toda opción de futuro para ella. Y hoy la esposa de Arturo, el mayor de sus hermanos, la llevó en depósito al asilo. La casa hogar para minusválidos le pareció encantadora y había tenido una cálida recepción esa mañana. Estuvo presente todo el personal del establecimiento y el mismo director le dio la bienvenida. ¡Qué bien se había sentido acompañada de tan buenas personas!.

Ahora ya es media tarde. Ha quedado sola en el cuarto que le asignaron, clavada en su silla de ruedas, sumergida en la penumbra. En la mano contrahecha por la artritis, rígidamente pegada al cuerpo, invisible entre sus ropas, el contacto con el frío metal del arma que empuñaba la

reconfortó. Sólo tuvo que hacer una leve presión sobre el disparador y el estallido se produjo instantáneo.

Horas después, en el parte médico se consignaba que ‘la bala expansiva abrió en el vientre de la occisa una enorme herida, causándole lesiones irreparables’.

El cuentario se presenta con un epígrafe tomado de *El orden del discurso*, de Michael Foucault, que explica el nombre de la editorial y dice así:

“...el loco es aquel cuyo discurso no puede circular como el de los otros; llega a suceder que su palabra es considerada como nula y sin valor...

Y en la contraportada una cita del autor:

“...y yo, que hasta aquí me doy cuenta, hundido como estoy en la estrecha lobreguez de mi sepulcro, con mi naturaleza ya corrompida y fétida, y esta pobre alma que aún no era demasiado vieja”.

El colofón explica que la tipografía es de tamaños nones.